

Nº 3

ISSN 0717-6015

*G. Galaz*

*P. de Solminihac*

*A. Silva V.*

*A. Madrid*

*D. Schopf*

*G. Pulido*

*A. Duclos*

*T. Rivas*

*F. Mujica*

*R. Salinas*

*N. González*

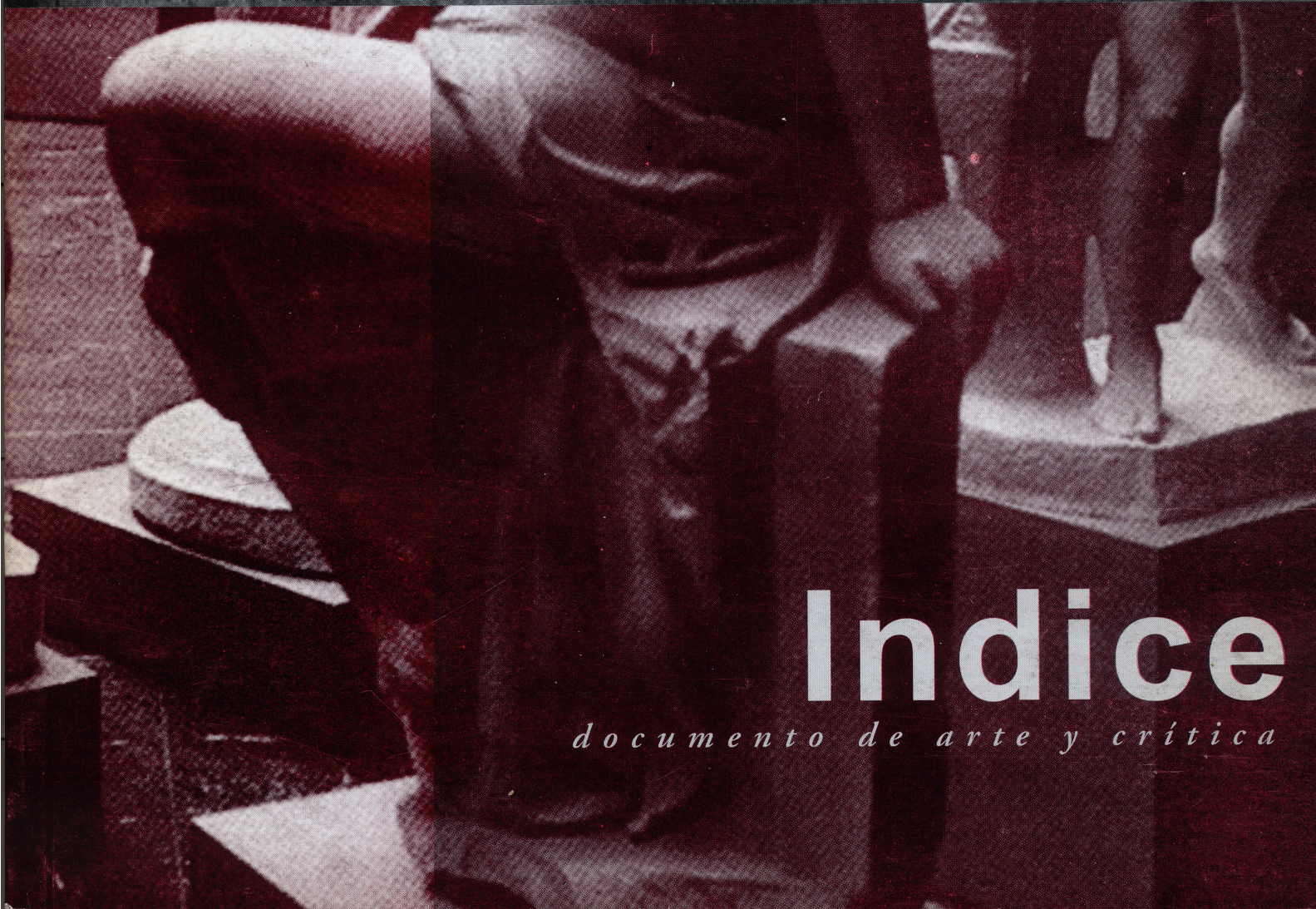
*C. Montes de Oca*

*A. Becerro*

*J. Mellado*

*P. Sepúlveda*

*E. Dittborn*



# Indice

*documento de arte y crítica*



## La colección itinerante y el lugar que se mueve

**Felipe Mujica**

*Felipe Mujica forma parte de Galería Chilena (GALCHI).*

*Índice lo convocó para hablar sobre la posibilidad de constituir una colección en un proyecto de galería autogestionada itinerante.*

El nomadismo de Galería Chilena (GCH) nació como respuesta a su objetivo principal, el ser un espacio para la difusión y venta de arte contemporáneo. Pero, en el fondo, consistió en una medida radical, completamente práctica en su esencia, que permitió saltarnos las muchas etapas engorrosas y desgastadoras que instalar “un espacio de arte” significa. El movernos por la ciudad nos permitió profesionalizar la autogestión, de otra manera, GCH nunca podría haber existido. Además, si revisamos nuestro pasado académico, esta movilidad, flexibilidad y diplomacia son finalmente la capacidad de utilizar para bien las estructuras sociales y económicas que nos rodean, con todo lo que esto implica. Algo que aprendimos bien en la universidad.

Se nos acusó una vez de estar cegados por esta capacidad, que la importancia que le asignábamos a nuestro nomadismo nublabla la lectura de ciertas obras. Pero, finalmen

te, y desde el comienzo, las obras de GCH se someten a esta modalidad e idea: nacen como obras en movimiento.

La colección de obras y artistas (y su circulación), creo, es lo más importante para una galería o museo. La colección define el carácter del organismo, define donde existe, hacia adonde apunta y para quien funciona. En nuestro caso, a través de coleccionar artistas y obras en realidad estamos coleccionando lugares. En el fondo estamos coleccionando experiencias de “apropiación”, experiencias de comunicación. Experiencia diplomática. Valorpreciado en un medio como el nuestro.

El concepto de colección entonces posee, para GCH, una serie de significados y usos. Puede relacionarse con aspectos de intercambio de información entre artistas, entre artistas y público, entre obras, entre lugares, entre obras y lugares, entre grupos de poder. Puede también relacionarse a cierta lentitud, nuestra “colección” crece poco porque el hecho de ser un espacio completamente autogestionado nos limita a ser muy selectivos. Qué exposición sigue a cuál tiene importancia fundamental, estamos constantemente tratando de crear lecturas que incluyan estos aspectos como un total. De eso se trata la llamada “apropiación” de un lugar, se trata de ir marcando un camino común.

Otro aspecto importante de “la colección” vendría a ser la apuesta realizada sobre la posibilidad de crear coleccionistas, educando un público más cercano, tentarlos a la inversión e incentivarlos a sentirse partícipes de un movimiento mayor. Esta idea es, eso sí, la conclusión de una etapa, ya que parece ser que en Chile los coleccionistas que existen no tienen ganas de cambiar, de entender lo otro, lo nuestro. Por eso decidimos crear nuevos coleccionistas, comenzar de cero.

Entonces, estos dos elementos, la colección itinerante y el lugar que se mueve, parecen y son un juego de palabras. Al mismo tiempo han permitido a GCH definir una política de trabajo muy distinta a la de las obras individuales de sus 3 integrantes. Esta política finalmente se ha transformado en obra. GCH se diferencia de las demás galerías porque su trayectoria puede entenderse como una gran obra colectiva, en constante crecimiento y debate, con retrocesos y explosiones, con dudas y desgastes.

Pareciera ser que GCH se contradice a cada rato. Es más, en el fondo, nació de querer solucionar un problema demasiado polarizado y entonces contradictorio de por sí: la falta de un mercado para el arte contemporáneo en Chile. Sin embargo, este problema vendría ser sólo uno de los problemas del arte contemporáneo chileno. A la falta de críticos, curadores, espacios, financiamiento, es decir, a la falta de infraestructura cultural, podemos agragar casi en último lugar, el profundo desinterés por el consumo de cultura.

Con estas afirmaciones no quiero desmerecer lo que hay, simplemente decir que aún falta. Tal vez simplemente debamos esperar que los eventos se sucedan en orden. Tal vez el querer aportar a la creación de un mercado sea algo mucho más difícil de lo que pareció en un principio. Y tal vez, en Chile, hay problemas más importantes.

